

ESTA PUBLICACIÓN

García Márquez ha recordado que en el escrutinio a fondo de Juan Rulfo que él emprendiera cuando era todavía un autor con cinco libros clandestinos, encontró el camino que buscaba para continuar su obra.¹

Allí, a ese nivel, el de los propios creadores de ficción en Hispanoamérica, es donde más y mejor se ha dado el reconocimiento de la maestría del autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, obras que en conjunto no suman más de trescientas páginas, pero que, según dice nuestro reciente Premio Nobel, son «casi tantas y tan perdurables como las que conocemos de Sófocles.»

Siendo eso muy cierto, hay que reconocer también que la crítica especializada, que cuenta con algunos aportes decisivos que los ensayistas reunidos en este volumen citan con frecuencia, no ha estado a la altura de la apreciación cumplida por los autores de ficción. Quizá esto se deba, según piensa el autor de *Cien años de soledad*, a que Rulfo, «al contrario de lo que ocurre con los clásicos grandes, es un escritor que se lee mucho pero del cual se habla muy poco.»

Precisamente para hablar *con* Rulfo y *de* Rulfo es que lo invitamos a nuestra casa de estudios. Alumnos y colegas de Barnard y de muchos otros sitios, llamados por nosotros, ya habían tenido la oportunidad de dialogar aquí, en estos últimos años, con creadores de la talla de Carlos Fuentes, Juan Benet, Julio Cortázar, Manuel Puig, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, Fernando Alegría, Reinaldo Arenas, Isaac Goldemberg, Eugenio Florit, Heberto Padilla, Humberto Díaz Casanueva, Luisa Valenzuela y Carmen Martín Gaité. Con todos ellos, sabíamos de antemano, la comunicación iba a ser fácil. Pero, ¿qué ocurriría con la enigmática figura que la leyenda mostraba siempre taciturno, parco en palabras, reacio a confrontar sus ideas en voz alta? ¿Iría él a responder con monosílabos a la inquisición, siempre audaz, a veces ingenua, de nuestros alumnos, habituados a una participación activa en clases y conferencias? ¿Callaría también Rulfo ante la reflexión sobre su obra que cumplirían los colegas que invitábamos a reactualizar las consideraciones críticas que de ella se habían formulado? Y, más grave, ¿aparecería él ante nosotros o tendríamos que aceptar, en el último minuto, que las expectativas creadas por el anuncio de su venida se vieran frustradas?

Para satisfacción nuestra y de muchos, todo marchó perfectamente en esa semana de Rulfo en Barnard - la del 29 de marzo al 2 de abril - en que nos visitara como Gildersleeve Lecturer. No nos complace sólo el éxito de público en cada una de las presentaciones del autor y en todas las sesiones del simposio

que sobre su obra organizáramos. Fue también la gentileza del gran escritor, su sencillez apabullante, la generosidad en su actitud atenta ante cada interlocutor suyo. Pensamos como culminantes los momentos de su conversación con nuestros alumnos, cuando éstos vieron en él no sólo al autor cuya obra habían leído con entusiasmo, sino al hombre afable, dispuesto - como se mostró - a contestar a cada una de sus preguntas de un modo abierto, franco, informado, polémico, en ocasiones pleno de humor y muchas veces no carente de suave ironía.

Por prudente, Rulfo no quiso estar en las sesiones de trabajo crítico. Pero todos le tuvimos cerca para conversar con él, de un modo más cordial que formal. Como a él y a nosotros nos gusta. Para quien sepa apreciar esta forma de relación con un autor al que admira, no nos cabe dudas de que la experiencia fue inolvidable.

Al estimar que la mejor manera de agradecer a Rulfo su visita, tan llena de fecundas consecuencias, era contribuyendo a una más adecuada lectura de su obra, es que decidimos esta edición.² Reunimos en ella los trabajos leídos en el simposio, enriqueciendo el volumen con dos textos inéditos más, los de Myron Litchblau y de Sharon Magnarelli. Son todos ensayos que van desde la meditación rigurosa sobre los aportes de la crítica precedente, a la sugerencia inicial de recta lectura del último libro de Rulfo, pasando por un análisis cuidadoso de su novela y de algunos de sus relatos singulares. Publicamos también la conferencia ofrecida por el escritor: en ella el interesado sabrá encontrar un material muy rico de reflexión, no sólo sobre el indigenismo en México, sino, ante todo, sobre lo que Rulfo mismo piensa acerca de esa tradición de las letras de su patria.

Del valor de este libro en su integridad y de cada uno de los ensayos en particular, no nos corresponde a nosotros pronunciarnos, pero sí queremos dejar explícito lo satisfechos que nos sentimos de ser sus editores. Constituye un paso que estimamos importante en el desafío que significa entrar en los mundos de Juan Rulfo.

Si bien es cierto que la responsabilidad última de la publicación la asumimos por entero, no podemos dejar de manifestar nuestros agradecimientos a quienes, de una u otra forma, la han hecho posible. Las autoridades académicas de Barnard College, nuestros fidelísimos compañeros de trabajo del Departamento de Español, los profesores del Departamento del Drama, los estudiantes del Club de Español, el Consulado de México en New York, la dirección de *Inti*, el Center for

Inter-American Relations, y, naturalmente, los distinguidos colaboradores del volumen, son merecedores de todo nuestro reconocimiento.

Mirella Servodidio
Marcelo Coddou
Directores – Editores
Simposio en Barnard College

NOTAS

1 Gabriel García Marquez, «Breves nostalgias sobre Juan Rulfo,» en *Juan Rulfo, homenaje nacional* (México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1980), pp. 31-33. Las dos citas siguientes de G.M. pertenecen también a este artículo.

2 Con éste suman tres los volúmenes editados por nosotros, todos resultado de simposios realizados en Barnard. Los anteriores fueron *Gabriela Mistral* (Xalapa: Texto Crítico, 1980) y *Julio Cortázar en Barnard (Inti: número especial, 10-11, 1980)*.